El primer domingo de Adviento - ciclo C (2 de diciembre de 1979), Mons. Romero no predicó en San Salvador. Ese día fue invitado a una celebración de aniversario de la diócesis de Santiago de María, donde él mismo había sido obispo algunos años antes, y donde había quedado "plenamente impresionado por la pobreza de la gente".

No hemos encontrado ningún comentario de Monseñor Romero sobre el Evangelio de este primer domingo de Adviento - C. Por eso ofrecemos en sustitución unas reflexiones a partir de la lectura del libro "Tocar las heridas" de Tomás Halík.

En las reflexiones semanales para este domingo se pueden encontrar algunos comentarios sobre el evangelio del primer domingo de Adviento - ciclo A. Un poco confuso tal vez - pero se refiere a los verdaderos temas de Adviento dos veces,

**Entre ayer y mañana. Entre el “ya” y el “todavía no”.**

*"Este idealismo moral y la rigidez moral que se deriva de él, las expectativas exageradas y las exigencias excesivamente estrictas, suelen conducir a la frustración, el aburrimiento y la resignación. Los que sólo quieren lo mejor no aprecian suficientemente lo bueno". Escribe el teólogo checo Tomás Halík en su libro "Tocar las heridas".*

Nos parece que por ahí anda una corriente muy dañina en El Salvador (y probablemente en muchos otros países). Criticamos la realidad y los hechos de “otros” con nuestro concepto de ideal y con nuestra lectura de normas éticas, y, al mismo tiempo presentamos nuestras propias realizaciones (también imperfectas, con errores y vacíos) como el ideal alcanzado. Sucede a nivel político y sucede también en la Iglesia. Sucede en la vida pública, en las relaciones de pareja, en la vida personal. De las y los demás vemos, engrandecemos y denunciamos los defectos, los errores, las deficiencias, las mentiras, los engaños, mientras exageramos y enaltecemos nuestros propios logros escondiendo nuestras debilidades, fallas y omisiones. Jesús dijo : “¿por qué ves la pelusa en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?” (Mt 7,3)

En El Salvador vemos a nivel del discurso del gobierno y sus aliados como se señala las incapacidades y fracasos de “los gobiernos anteriores”(llamados “los de siempre”), mientras utilizan todos los medios de comunicación a su alcance para presentar sus propias obras sin reconocer también su aprendizaje y sus deficiencias, errores y vacíos. De parte de la oposición política y sus aliados se observa exactamente lo mismo: sobrevalorando exageradamente todo lo bueno que hicieron sus gobiernos en el pasado y escondiendo sus errores, sobre acentúan las deficiencias, errores y omisiones del gobierno de turno sin ver los avances. Desde ambos polos tratan de influenciar en la población sea para apoyar al gobierno o para marchar en contra. No falta el irrespeto y el uso de lenguaje vulgar y denigrante. Se utiliza “dos medidas y dos pesos”, dependiendo a quien se está midiendo o pesando su quehacer político. Se observa con claridad que desde ambos lados se idolatra lo propio y se endemonia lo del otro.

El mismo fenómeno se sigue dando entre las diferentes iglesias cuando se habla de otras iglesias y de si misma. Pero también se da dentro de la misma Iglesia. Las exigencias evangélicas son muy radicales y la realidad eclesial muchas veces tan humanamente débil. Sucede que desde la jerarquía de la Iglesia se condena (y se abandona) la experiencia de las comunidades eclesiales de base, observando con una lupa sus pasos y engrandeciendo sus debilidades. Y en la dirección opuesta no faltan CEBs que sobre acentúan las deficiencias en la pastoral parroquial, el actuar de sacerdotes y obispos, mientras idealizan su propia experiencia, que también es humana. La consecuencia es que poco a poco va deteriorando la capacidad de valorar lo bueno, lo positivo, los pasos auténticamente evangélicos que las y los otros están dando, ni la obra del Espíritu que es mucho más grande que nuestro propio dinamismo. ¿quiénes somos nosotros/as (con nuestras propias deficiencias, flaquezas, omisiones) para juzgar a otros/as en el camino de la vida, y del Evangelio? Miremos primero lo nuestro.

La misma dinámica dañina observamos dentro de las comunidades eclesiales de base. El lenguaje exigente de algunos/as animadores/as sobre la radicalidad de las exigencias evangélica en el seguimiento consecuente a Jesús, provoca frustración y desánimo en quienes hacemos pasitos pequeños o nos quedamos de vez en cuando estancados o cuando aparecen graves obstáculos. No faltan animadores/as que tratan de poner su propio camino como el ideal evangélico que les da el derecho de cuestionar el caminar de otras comunidades. Esto dificulta esfuerzos de articulación de diferentes procesos eclesiales.

También a nivel personal puede darse lo mismo. En el camino hemos ido conociendo más acerca del camino de Jesús y nos damos cuenta de todo lo que tendríamos que hacer para seguirlo consecuentemente, pero en realidad muchas veces solo logramos pasos pequeños, nos cansamos o nos hemos equivocado. Poniéndonos grandes retos (según el ejemplo de Jesús y los grandes santos como Monseñor Romero) corremos el riesgo de no valorar los esfuerzos y logros pequeños, los sencillos testimonios de servicio y solidaridad, nuestros intentos para orar y nuestro deseo de seguir el camino, a pesar de todo.

Así, en realidad, todos/as nos necesitamos porque somos “peregrinos” en esta historia y muchas veces nos ensuciamos con el polvo y el lodo del camino. Recordemos como Jesús dijo que quien estaba sin pecado tirara la primera piedra. No se trata de esconder la brújula, ni de apartar la vista del horizonte o de olvidarnos de los grandes ideales de la humanidad y de la Iglesia. Tampoco se trata de cerrar los ojos ante el dolor provocado a otros/as, a la humanidad, a la madre tierra. Nuestra auto evaluación sincera y la evaluación conjunta siguen siendo importantes. Seguimos siendo invitados a caminar, a avanzar, a construir, a navegar hacia la utopía (política) y aún más hacia el horizonte y la promesa del Reino de Dios.

En este camino, entre los logros, avances, fallas y retrocesos de la historia, contamos con algunas reglas mínimas en que podemos confiar. En primero lugar mencionamos los “10 mandamientos” y sobre todo los de “no matar, no mentir, no robar” . ¡Cómo cambiaría el mundo si cumpliéramos todos/as con esos tres mandamientos! En segundo lugar recordamos lo que el profeta Miqueas dice (Mi 6,8): “Lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan sólo que practiques la justicia, que quieras con ternura y camines humildemente con Dios”. En tercer lugar tener claro que Jesús viene a nuestro encuentro en las y los “pobres” (en el sentido amplio) en el camino, y desde ahí nos llama a seguirlo, con nuestra capacidades, nuestras limitaciones y nuestras heridas.

Con esas reglas podemos arriesgarnos a vivir nuestra propia vida y la de nuestra familia y comunidad. Estamos en esa dinámica del “**ya y todavía no”.** Sabemos que nuestros pasos en la historia siempre serán provisionales, muchas veces a media y que siempre necesitamos corregir, profundizar y avanzar. Nunca debemos olvidar el camino recorrido hasta ahora, valorar los aciertos, aprender de las fallas y tomar conciencia de las omisiones, y saber pedir perdón y perdonar. El Evangelio de Jesús es un bastón en el camino, es nuestra esperanza y fortaleza. Es un programa a realizar. Vale la pena recordar que Jesús nos ha hablado del Reino de Dios comparando con el fermento en la masa. Es decir, el Reino de Dios no solamente como el horizonte a lograr, sino también como el proceso de fermentación que está en la historia. Como seguidores/as de Jesús podemos vivir ese proceso más consciente e intencionalmente, y podemos visualizar y experienciarlo en las diferentes dimensiones de la vida.

Hoy podemos vivir **ya** el Reino de Dios como el dinamismo de fermentación de la vida acercándonos cada vez más – muchas veces cayéndonos y levantándonos – al **todavía no** del Reino definitivo. El “ya” nos animará para reconocer los avances y el “todavía no” evitará que idolatremos los avances, tanto de nosotros mismos como de otros. Aprendamos a apreciar de lleno “lo bueno” mientras nos esforzamos para hacer nuevos pasos hacia “lo mejor”. Si lo hacemos para nosotros mismos, y para los demás, podremos avanzar juntos con pasos firmes.

**Preguntas sugeridas para la reflexión y la acción, personalmente y en nuestras comunidades:**

El Adviento en la comunidad cristiana de fe es un tiempo en el que se nos invita a tomar conciencia de la relatividad de nuestras acciones y de los nuevos caminos que se abren cuando nos atrevemos a arriesgarnos por el Reino de Dios.

1. ¿Cuál es nuestra experiencia con las personas, organizaciones y estructuras que constantemente ensalzan (casi o totalmente idolatran) sus propias acciones, al tiempo que menosprecian las de los demás? ¿Hemos caído nosotros mismos en esta trampa? ¿Qué podemos aprender de ello?

2. ¿En qué puntos y de qué manera sentimos la tensión en nuestra propia vida religiosa entre las exigencias radicales del Evangelio de Jesús, por un lado, y nuestra propia y difícil búsqueda en el seguimiento de ese Evangelio, por otro? ¿Esa tensión ha llevado alguna vez al desánimo? ¿En qué hemos encontrado fuerzas para seguir intentándolo una y otra vez? ¿Por qué creemos que merece la pena "seguir"?

3. ¿Dónde y cómo somos la levadura dinámica y creativa del Reino de Dios en nuestro mundo concreto, cercano y lejano, y en nuestra Iglesia? ¿Qué estamos haciendo ya, y qué podríamos hacer más y mejor? ¿Cómo podemos apoyarnos mutuamente en esto?

Luis Van de Velde